

A continuación encontrarás una muestra del libro «Aférrate a la esperanza» del autor Charles R. Swindoll.

Puedes adquirir el libro aquí:
<https://www.editorialunilit.com/aferrate-a-la-esperanza>

Para mayor información puedes comunicarte con nosotros por el correo info@editorialunilit.com



CHARLES R.
SWINDOLL

AFÉRRATE
a la
ESPERANZA



CONTENIDO

Introducción.	1
1. Cuando los problemas vienen y se quedan	5
2. Cuando el sufrimiento deja huellas	21
3. Cuando Dios sana el cuerpo y el alma	39
4. Cuando las pruebas inesperadas sacuden nuestro mundo	57
5. Cuando la calamidad toca a la puerta.	73
6. Cuando Dios nos da la gracia para perseverar	89
7. Cuando atacan los gigantes de la vida.	107
8. Cuando las espinas rasgan nuestro orgullo	125
9. Cuando la disciplina de Dios nos golpea	141
10. Cuando las puertas se cierran de pronto	159
11. Cuando la soledad nos lleva a lo más profundo.	175
12. Cuando la adversidad nos conduce a la humildad	191
Consideraciones finales.	209
Preguntas para reflexionar y discutir.	213
Reconocimientos	225
Notas	227
Acerca del Autor	233

|1|

CUANDO LOS PROBLEMAS VIENEN Y SE QUEDAN

La sabiduría cuando te enfrentas a un sufrimiento prolongado

ALGUNOS PROBLEMAS VIENEN Y VAN, como las ocasionales tormentas de primavera que te mantienen acurrucado en casa durante un día o dos, pero que acaban pasando. Cuando el sol vuelve a asomarse entre las nubes, la vida continúa. No pasa nada.

Otras veces, sin embargo, los problemas vienen y se quedan, como feroces huracanes que no solo devastan nuestras vidas, sino que dejan a su paso una estela de destrucción a largo plazo. Conozco personas en mi estado natal de Texas que sufrieron pérdidas totales a causa de los despiadados huracanes de la costa del Golfo, lo que resultó en años de dificultades y angustia de los que nunca parecían recuperarse. Todos hemos conocido días, semanas, incluso meses o años, en los que nuestros problemas particulares se negaban a desaparecer. En lugar de disminuir con el tiempo, se intensificaban, ¡y hasta se multiplicaban!

A veces sentimos que estas palabras inmortales de Shakespeare se han grabado para siempre en nuestras vidas: «Un alma

desgraciada, oprimida por la adversidad»¹. Estas «opresiones» no siempre se ven en la piel. Pueden estropear nuestras relaciones, aplastar nuestro espíritu, opacar nuestra esperanza o arrastrarnos al lodazal de la miseria emocional. Los problemas que nos afectan de manera tan profunda no vienen y van. Se complican aún más.

El predicador congregacionalista del siglo XIX, Joseph Parker, les decía a sus ministros más jóvenes que si le predicaban a la gente que sufre, nunca les faltaría una congregación, porque hay un corazón quebrantado en cada grupo de personas. Esta prevalencia de dolor no solo existió en la era victoriana. Es común en nuestra generación también. Durante mis décadas predicando, al mirar fila tras fila en mis propias congregaciones, he visto rostros sonrientes que escondían profunda tristeza, conflictos sin resolver o la nueva crisis al acecho al momento de salir del santuario.

La verdad es que gran parte de la vida se toca en escala menor. Y estrofas largas de problemas prolongados nos pueden parecer como un niño de dos años golpeando las teclas del piano, sin melodía, ritmo o tiempo. Solo un ruido constante y molesto.

El dolor y las penas, las heridas y la desilusión, la enfermedad y la discapacidad, la crítica y el fracaso pueden eclipsar nuestra felicidad y nublar nuestra esperanza de ver el alivio. Ya es lo bastante difícil seguir adelante cuando las pruebas nos golpean por todas partes, pero cuando vienen y se niegan a marcharse, puede ser devastador.

El entretenimiento puede mitigar por un tiempo nuestro sufrimiento, pero no ofrece respuestas permanentes. Viajar nos puede dar un descanso, pero los problemas persistentes nos esperan cuando se acaban las vacaciones. Mantenernos ocupados o distraídos pueden relegar nuestros problemas a un segundo plano, pero al llegar la hora de «irnos a casa», están listos para aflorar de nuevo.

LA DESCRIPCIÓN REALISTA DE LA BIBLIA

La Biblia no barniza las ásperas realidades de la vida con una gruesa capa de clichés vacíos. La Palabra de Dios se encuentra de frente con la verdad de los problemas constantes. Pienso en la descripción de Job sobre los problemas de la vida: «¡Qué frágil es el ser humano! ¡Qué breve es la vida, tan llena de dificultades! Brotamos como una flor y después nos marchitamos; desaparecemos como una sombra pasajera» (Job 14:1-2). Estas no son palabras de un cínico hastiado que no puede ver el lado positivo de la vida. Estas palabras expresan la profunda realidad del sufrimiento en un mundo caído por parte de un hombre que experimentó más dificultades y pérdidas de las que tú y yo jamás experimentaremos.

Las Escrituras hablan a menudo de las opresiones de la adversidad. En los Salmos, el rey David les recuerda a todos los fieles a través de todos los siglos que «muchas son las aflicciones del justo, pero de todas ellas lo libra el SEÑOR» (Salmos 34:19, LBLA). Es más, si examinas solo los Salmos, Proverbios y Eclesiastés, notarás un gran énfasis en el sufrimiento, la confusión, los problemas y la aflicción.

En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo, siempre realista, nos recuerda que estamos «aflicidos en todo» y «perplejos», perdidos, confundidos (2 Corintios 4:8, LBLA). En el retorcido laberinto de nuestros prolongados problemas, no sabemos qué camino tomar. ¡Qué fácil es sentirse perdido!

Mientras somos zarandeados por pruebas y tribulaciones, el libro de Santiago nos ofrece ayuda con una visión profundamente realista. Cuando abrimos esta carta, escrita a «los creyentes judíos que están dispersos por el mundo» (Santiago 1:1), la mayoría de nosotros no se da cuenta de lo «oprimidos» que estaban esos judíos cristianos por la adversidad. Los judíos que habían aceptado a Jesús como su esperado Mesías sobrevivían en una especie de tierra de nadie. Por un lado, su

propio pueblo no quería saber nada de ellos, pues parecían haber abandonado la ley de Moisés... *¡apostasia!*

Por otra parte, los gentiles los despreciaban debido a que se negaban a ofrecerles sacrificios a los dioses gentiles, observar sus festividades o adorar en sus templos... *¡blasfemia!* Como resultado, estalló la persecución contra esos primeros cristianos judíos. Boicoteaban sus negocios. Rechazaban a sus familias. Revocaban sus derechos y confiscaban sus propiedades. No solo se les privaba de su libertad y sustento, sino que muchos también perdieron la vida por seguir a Jesús.

Santiago escribió su breve carta a estas almas desdichadas del primer siglo, oprimidas por la adversidad, pero sus inmortales palabras continúan hablándonos a todos los que estamos oprimidos por diversos problemas que vienen y se quedan. Ofreciéndonos ánimo y consuelo, Santiago responde a cuatro preguntas acerca de los problemas, que son tan pertinentes hoy como lo fueron en el primer siglo:

- Primero, ¿quién enfrentará problemas?
- Segundo, ¿cuál es el propósito de los problemas?
- Tercero, ¿cómo afrontar los problemas?
- Cuarto, cuando resolvemos bien los problemas, ¿qué hacemos?

¿QUIÉN ENFRENTARÁ PROBLEMAS?

Al comenzar su discurso acerca de los problemas, nota las palabras que elige: «*cuando* tengan que enfrentar [...] problemas» (Santiago 1:2, énfasis añadido). Su uso de «*cuando*» nos dice que *los problemas son inevitables* para todos. Santiago no dice: «*si* se hallan en problemas», ni «*cuando* los problemas vengan a otros» ni «en el improbable caso de que uno o dos problemas se crucen en tu camino».

Se trata de cuándo, no de si habrá problemas.

CUANDO LOS PROBLEMAS VIENEN Y SE QUEDAN

Santiago tiene los dos pies en la realidad, y quiere que sus hermanos y hermanas en Cristo, incluidos tú y yo, sepan que los problemas son ineludibles.

Sin embargo, debido a nuestra naturaleza humana, no queremos creerlo. Se han fundado herejías enteras sobre la falsedad de que los problemas son sólo para los cristianos débiles o desobedientes, personas que no tienen suficiente fe para frustrar el sufrimiento, la enfermedad, las pruebas y los problemas. Entonces, cuando lleguen esos problemas inevitables (y siempre llegan), ¿adivina de quién es la culpa? Tuya, te dicen, porque no tenías suficiente fe. O había mucho pecado en tu vida. O no confesaste tus problemas con una poderosa «palabra de fe».

Agradecidamente, a la mayoría de nosotros no nos han engañado con esa herejía de nombrar y reclamar salud y riqueza. Sin embargo, una característica común entre los creyentes es el deseo de encontrar un desvío más agradable alrededor de las pruebas o incluso huir de ellas. Podemos tratar de llenar nuestras vidas con suficiente actividad para amortiguar el ruido. O podemos intentar beber o fumar para alejar las dificultades o recurrir a pastillas u otros medios artificiales para adormecer el dolor.

Aun así, no podemos huir de los problemas.

Puede que no tengamos las mismas luchas que otra persona, pero tendremos luchas de algún tipo. Por eso Santiago dice: «Amados hermanos, cuando tengan que enfrentar *cualquier tipo* de problemas» (énfasis añadido). La palabra traducida como «cualquier tipo» es el término griego *poikilos*. Significa «diverso, variado, multicolor». La LBLA traduce el término como «diversas».

La palabra *poikilos* siempre me hace pensar en lunares, y esa es una buena ilustración de cómo son los problemas. Los problemas vienen en todos los tamaños y colores. Algunos son molestos e irritantes, otros profundos y peligrosos. Algunos van y vienen sin previo aviso, como moscas fastidiosas; otros penetran en lo profundo de nuestra vida, como parásitos invasores. Algunos nos dejan marcas en el cuerpo con

dolor y parálisis; otros pesan en nuestras mentes, causando una ansiedad implacable.

Lo más probable es que no tengas que pensar mucho para que se te ocurra una lista de problemas. Puede que hayas experimentado de todo, desde problemas con tu auto o huesos rotos hasta la pérdida del trabajo o dificultades económicas, desde hijos rebeldes o fracaso matrimonial hasta enfermedades crónicas o la confianza traicionada. Y las emociones que acompañan a estos problemas (sentimientos de rechazo, inseguridad, culpa, vergüenza, depresión, preocupación, ira y envidia) pueden proyectar sombras persistentes sobre nuestra vida. Sin importar la severidad o la duración de nuestros problemas, todos los experimentaremos.

¿CUÁL ES EL PROPÓSITO DE LOS PROBLEMAS?

Cuando surjan los problemas inevitables de diversa índole, recuerda la segunda verdad acerca de ellos: *tienen un propósito*. No solo nos arrojan a la multitud y nos abandonan a nuestra suerte mientras Dios gobierna el mundo a la distancia. Los diversos problemas que surgen forman parte de su plan. Cuando aceptamos esto, podemos verlos como oportunidades de crecimiento.

Fíjate en lo que dice Santiago: «Cuando tengan que enfrentar cualquier tipo de problemas, considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho» (1:2). Un problema es una prueba de fe que ejercita tu constancia, no para quebrantarte, sino para fortalecerte (lee el versículo 3). Así que Santiago dice que dejes que esa constancia crezca (versículo 4). No busques una vía de escape. En lugar de eso, apóyate en el plan de Dios y aprende del problema. Deja que riegue tus raíces, a fin de que puedas crecer más profundamente en tu relación con Él.

Al mirar hacia atrás a lo largo de las décadas de mi vida, he aprendido el valor del dolor de ayer. En nuestras pruebas es donde se aprenden las lecciones más importantes. A veces aprendemos

de nuestros propios fracasos, o de situaciones difíciles que nosotros mismos hemos provocado. A menudo crecemos al caer presas de las malas decisiones de otros o de circunstancias que escapan a nuestro control. Cuando valoramos las lecciones aprendidas a través de las pruebas, estas nos ayudarán a madurar. Todas tienen un propósito. Todas forman parte del plan de nuestro amoroso Padre celestial, a fin de conformarnos a la imagen de su Hijo.

Reconocer que los problemas tienen un propósito es mucho mejor que siempre preguntar: «¿Por qué sucedió esto? ¿Por qué a mí? ¿Por qué ahora?». En su lugar, podemos hacer preguntas mucho más provechosas: «¿Qué puedo aprender de esto acerca de la gracia de Dios? ¿Acerca del amor de su Hijo? ¿Acerca del consuelo del Espíritu Santo? ¿Qué importante verdad me está enseñando Dios en este punto de mi jornada?».

Cuando cambiamos el énfasis de «¿por qué?» a «¿qué?», podemos comenzar a ver las inevitables pruebas de la vida como oportunidades para crecer y vivir gozosos.

¿CÓMO AFRONTAMOS LOS PROBLEMAS?

La tercera pregunta acerca de los problemas fluye de la respuesta de Santiago a las primeras dos. No podemos evitar los diversos problemas de la vida, pero podemos aceptar que el propósito de Dios para ellos es nuestro bien. Debemos verlos como oportunidades para regocijarnos en la obra que Él hace en nuestra vida: desafiándonos de modo que pueda cambiarnos.

Todo esto es cierto, ¿pero cómo soportamos el proceso de prueba y cambio? ¿Cómo evitamos que los problemas nos abrumen y nos arrastren? ¿Cómo evitamos que las pruebas diseñadas para nuestro bien nos aplasten? Cuando examinamos con más detenimiento las palabras de Santiago, vemos cuatro términos importantes entretejidos en la tela de este difícil pasaje: *considerenlo, saben, pídanse la y constancia*. Estas palabras nos ayudarán a responder la pregunta de cómo afrontar los problemas.

Considérenlo

En el texto original griego, el versículo 2 no comienza con «problemas», ni siquiera con «amados hermanos». Comienza con «*considérenlo* [...] para alegrarse mucho». En los tiempos bíblicos, el orden de las palabras en griego no tenía la importancia que tiene en el español moderno, así que los escritores movían ciertas palabras o términos al principio como énfasis. Entonces, circula en tu Biblia la palabra *considérenlo*. Subráyala. Destácala. Ese es el énfasis de Santiago: «Considérenlo como un tiempo para alegrarse mucho».

El término *alegrarse* no se refiere a reírse a carcajadas. Es evidente que esto no sería una respuesta apropiada a los problemas y calamidades. Se refiere a un espíritu positivo arraigado en lo más profundo, a una determinación calmada y consciente de mantener la esperanza en medio de circunstancias que, por lo general, llevarían a la gente a la desesperación. Esto solo puede venir cuando *consideramos* que Dios tiene una razón para permitir estos problemas en tu vida.

Nota que la palabra *considérenlo* en Santiago 1:2 es un mandamiento. No es algo que viene con naturalidad. Debes decidir hacerlo de manera consciente. Y no viene con facilidad. Precisa un acto de la voluntad.

No te limites a reconocer la verdad sobre el propósito de Dios en nuestros problemas; medítalo. No te limites a asentir con la cabeza; apóyate en ella de todo corazón. Recuerda: «Hay una razón para esta dificultad. A través de esto, llegaré a conocer mejor a Dios. Llegaré a conocerme mejor a mí mismo. Tal vez no sepa con exactitud cómo Dios está obrando todo para mi bien y su gloria, pero lo voy a considerar como la verdad». Entonces, recuérdalo una vez más. Considéralo.

Saben

Luego, Santiago dice: «Porque ustedes *saben* que, siempre que se pone a prueba la fe» (1:3, énfasis añadido). ¿Qué saben ustedes? Saben que este problema persistente está profundizando su

CUANDO LOS PROBLEMAS VIENEN Y SE QUEDAN

fe, aumentando su perseverancia, perfeccionando su carácter, agudizando su discernimiento y edificando su madurez (lee el versículo 4). Cuando saben esto, pueden considerar mejor sus dificultades con un espíritu positivo.

Sin embargo, seamos sinceros. Siempre queremos los frutos, pero pocas veces queremos el fertilizante. Queremos recoger la cosecha, pero no queremos arrancar la mala hierba. Queremos una cosecha abundante de crecimiento espiritual, pero no nos gusta el trabajo de labrar la tierra dura como una roca. Por eso Santiago quiere que tengamos muy presente el resultado de los problemas. Es un campo de pruebas para nuestra fe.

Esto me recuerda las palabras del periodista, soldado y espía británico Malcolm Muggeridge. A la mitad de su vida, se convirtió del agnosticismo al cristianismo. Reflexionando sobre una larga vida de penurias, angustias y dolor, escribió:

Contrario a lo que cabría esperar, con peculiar satisfacción recuerdo experiencias que, en su momento, parecieron devastadoras y dolorosas en especial. Es más, puedo decir con total sinceridad que todo lo que he aprendido en mis setenta y cinco años en este mundo, todo lo que verdaderamente ha mejorado e iluminado mi existencia ha sido a través de la aflicción y no de la felicidad. Si alguna vez fuera posible eliminar la aflicción de nuestra existencia terrenal por medio de alguna droga u otra tontería médica... el resultado no sería hacer que la vida fuera un deleite, sino hacerla demasiado banal y trivial para ser soportable².

En nuestras pruebas es donde recogemos nuestra mayor cosecha espiritual. Saber esta verdad nos ayudará a sobrellevar los desafíos que enfrentamos.

Pídansela

La tercera palabra: *pídansela*. Santiago continúa diciendo: «Si necesitan sabiduría, *pídansela* a nuestro generoso Dios» (1:5, énfasis

AFÉRRATE A LA ESPERANZA

añadido). Este versículo no es el comienzo de un nuevo tema. Santiago todavía está hablando de cómo lidiar con los diversos problemas que experimentamos y que son inevitables. A fin de considerar la verdad acerca del propósito de Dios en nuestras pruebas, y saber con la esperanza segura de que suceden para nuestro bien, necesitamos la sabiduría de lo alto.

Es posible que hayas notado que la sabiduría mundana te dirá que todo es culpa tuya. O que es culpa de otra persona. O que Dios está tratando de hacerte daño. Quizá hayas oído al mundo decirte que no le importas a Dios, o lo que es peor, ¡que ni siquiera existe!

Sin embargo la sabiduría divina nos ayuda a ver a través de esas cortinas de humo. Necesitamos la sabiduría de Dios para ver la verdad. No nacemos con esa clase de visión. No la heredamos. No podemos tomar un curso en la escuela, en la universidad ni siquiera en el seminario.

La verdadera sabiduría viene de la mente de Dios, a través de una relación con su Hijo, quien es la sabiduría encarnada, por el poder del Espíritu de sabiduría y verdad. Y nuestro Dios trino no es un guía avaro que raciona la preciosa sabiduría gota a gota. Quiere prodigárnosla en los momentos en los que más la necesitamos.

Solo tenemos que pedirla.

Yo definiría la sabiduría de Santiago 1:5 como «mirar la vida desde el punto de vista de Dios». No el punto de vista de las noticias vespertinas. No la retorcida perspectiva de tu transmisión de Twitter o Facebook. No la ira escandalosa en la plaza pública ni en el cuadrilátero de boxeo político. Y de seguro que no en las opiniones populares de las últimas estrellas mimadas de Hollywood.

La verdadera sabiduría la encontramos en Dios, que «no [te] reprenderá por pedirla» (Santiago 1:5). En su lugar, se la dará a quienes se la piden con fe sin dudar (versículos 6-8). Él te abrirá los ojos a la sabiduría de su Palabra inspirada, grabada en nuestras mentes y corazones por su Espíritu Santo.

CUANDO LOS PROBLEMAS VIENEN Y SE QUEDAN

Cuando los problemas vienen y se quedan, necesitamos caer de rodillas y pedirle a Dios la sabiduría para enfrentarlos. Podemos orar más o menos así: «Señor, estoy en un caos, en parte lo causé y en parte no. Esto me ha traído pérdidas, angustia, sentimientos de fracaso y decepción a mí y a otros. Necesito que me ayudes a ver a través de tus ojos lo que no puedo ver a través de los míos. Ayúdame, Señor, a crecer a través de esta experiencia, a mirar estos problemas desde tu perspectiva. Por tu gracia, permíteme considerarlo como es debido y obtener una comprensión adecuada de esto. Necesito tu sabiduría con urgencia, pues no la tengo en mí mismo».

Cuando pides sabiduría con un corazón honesto y sincero, puedes confiar en que Dios te responderá.

Constancia

Santiago utiliza una palabra más para ayudarnos a elevarnos por encima de nuestros problemas: *constancia*. El sustantivo griego *jupomone*, que se traduce «constancia», aparece dos veces en el pasaje: «Porque ustedes saben que, siempre que se pone a prueba la fe, la constancia tiene una oportunidad para desarrollarse. Así que dejen que crezca, pues una vez que su constancia se haya desarrollado plenamente, serán perfectos y completos, y no les faltará nada» (Santiago 1:3-4).

La palabra viene de dos palabras griegas, *jupo*, que significa «bajo», y *meno*, que significa «permanecer». Esto implica perseverar bajo dificultades extremas, como una mula o un asno cargados con una pesada carga aguantan el peso. Tenemos el llamado a «permanecer bajo» la carga de nuestras pruebas mientras Dios nos tenga en esta etapa de la jornada.

Sin embargo, ¡no te preocupes! Dios no nos echa encima un montón de problemas, nos persuade con una aguijada ni nos empuja en nuestro camino a través de la vida. Él nos da toda la fuerza que necesitamos para el camino. Al igual que Dios es la fuente de sabiduría para comprender las dificultades (Santiago 1:5), Él también es la fuente de poder para tener constancia (lee

Romanos 15:5). En Colosenses 1:11, Pablo le ruega a Dios en nombre de sus lectores: «También pedimos que se fortalezcan con todo el glorioso poder de Dios para que tengan toda la constancia y la paciencia que necesitan».

No estamos solos. Soportamos porque Él nos da la gracia para ser constantes.

Considérenlo... saben... pídanse la... constancia

Estas cuatro palabras tienen el poder para cambiar todas las cosas.

Consideramos que Dios tiene un propósito para nuestros problemas.

Sabemos que Él está cultivando el carácter y motivando la madurez.

Pedimos sabiduría para ver debajo de la superficie de las pruebas.

Constancia por la fuerza que viene de Él.

En lugar de quejarnos y lamentarnos por nuestros problemas y hacer desgraciados a los demás en nuestro afán de compasión, perseveramos debido a que encontramos contentamiento en el hecho de que un Padre bueno está obrando. Él está de nuestro lado. Y cuando soportamos esas pruebas que vienen y se quedan, aprendemos lecciones significativas que nunca podríamos haber aprendido de otra manera.

El último libro del columnista Charles Krauthammer, ganador del Premio Pulitzer y publicado tras su muerte en 2018, se titula *The Point of It All* [El punto de todo eso]. Mientras asistía a la Facultad de Medicina de Harvard, un accidente de clavado lo dejó parálítico del cuello hacia abajo. A pesar de los desafíos de su condición, Krauthammer terminó su licenciatura en psiquiatría, y vivió una larga y fructífera vida de servicio público: como psiquiatra, escritor de discursos, periodista, autor y comentarista de noticias nocturnas. También fue esposo y padre.

CUANDO LOS PROBLEMAS VIENEN Y SE QUEDAN

Al final del libro, su hijo, Daniel, escribió un tributo conmovedor: lecciones aprendidas de su padre que también ilustran la verdad de Santiago: «No te dejes definir por lo que la vida te depara y no puedes controlar. Acepta con gracia las cartas que te tocaron, y luego juega esa mano con tanta alegría, laboriosidad y vigor como puedas»³.

Así es que afrontamos los problemas.

CUANDO RESOLVEMOS BIEN LOS PROBLEMAS

Santiago 1:12 nos ofrece dos promesas específicas para los que han afrontado los problemas como es debido. Una para ahora, la otra para cuando estemos de pie frente a nuestro Señor para recibir nuestra recompensa eterna.

Primero, *ahora mismo*. «Dios bendice a los que soportan con paciencia las pruebas y las tentaciones». Ahí está la palabra de nuevo: soportar. No solo Dios nos da la fortaleza para soportar, sino que recompensa esa constancia. ¡Qué gracia! Hoy, ahora mismo, podemos ser bendecidos con una sensación de paz interior incluso en medio de problemas que no parecen terminar. Cuando las dificultades se multiplican, la gracia abunda. Cuando nuestros intentos de arreglar los problemas fracasan, la gracia nos mantiene en pie. Cuando afrontamos las pruebas a la manera de Dios y no con nuestros propios esfuerzos, recibimos un sentido de contentamiento, satisfacción, paciencia y hasta un profundo gozo. Nos damos cuenta de que Dios está cultivando nuestro carácter con una visión a largo plazo en mente.

Luego, *después*, recibiremos «la corona de vida que Dios ha prometido a quienes lo aman» (Santiago 1:12). ¡Qué promesa! Santiago nos llama a quitar los ojos de nuestros problemas presentes y mirar más allá del horizonte, más allá del regreso de Cristo, cuando estaremos de pie delante de nuestro Señor y Salvador,

AFÉRRATE A LA ESPERANZA

no para recibir condenación ni castigo, sino reconocimiento y remuneración. Como afirma la Escritura: «Porque todos nosotros debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno sea recompensado por sus hechos estando en el cuerpo, de acuerdo con lo que hizo» (2 Corintios 5:10, LBLA).

Por supuesto, «ya no hay condenación para los que pertenecen a Cristo Jesús» (Romanos 8:1). Sin embargo, lo que hacemos en esta vida terrenal determina las recompensas que recibiremos cuando estemos delante de Él. En otra parte, Pablo nota que nuestros esfuerzos por edificar el cuerpo de Cristo serán probados, como es probada la calidad de los materiales de construcción, por fuego: «El fuego mostrará si la obra de alguien tiene algún valor. Si la obra permanece, ese constructor recibirá una recompensa, pero si la obra se consume, el constructor sufrirá una gran pérdida», aunque «el constructor se salvará» (1 Corintios 3:13-15).

Las Escrituras usan la imagen de las *coronas* para describir las recompensas futuras de reconocimiento para los que han trabajado por Cristo. Menciona cinco de manera específica:

- La corona incorruptible (1 Corintios 9:25, LBLA)
- La corona de orgullo (1 Tesalonicenses 2:19, RVA-2015)
- La corona de justicia (2 Timoteo 4:8)
- La corona de vida (Santiago 1:12)
- La corona de gloria (1 Pedro 5:4)

Estas coronas juntas, pintan una poderosa imagen de un magnífico destino eterno: símbolos físicos de esas anheladas palabras: «Bien hecho, mi buen siervo fiel» (Mateo 25:21). Afrontar los problemas como es debido es tan importante que Santiago menciona una corona específica de recompensa por ello.

¡Qué maravillosa palabra de esperanza para todos nosotros! Si aprendemos a hacerle frente a las pruebas de la vida de manera adecuada, tendremos las bendiciones de Dios ahora y recibiremos la recompensa de Dios en la eternidad.

MÁS ALLÁ DE LOS GOLPES

Comenzamos hablando de «un alma infeliz, maltratada por la adversidad», una frase de Shakespeare apta para todos en algún momento de nuestra tormentosa jornada. Me gustaría volver a visitar esa descripción a la luz de todo lo que hemos visto en la mirada sincera y alentadora de Santiago a los diversos problemas que nos encontraremos.

Si aceptamos los principios sabios de Santiago en cuanto a las pruebas, si le pedimos a Dios sabiduría para pensar en estas como es debido, y si descansamos en su poder para soportarlas, podemos ir de almas infelices, oprimidas por la adversidad a almas sabias, maduras gracias a la adversidad. Por la gracia de Dios, yo he experimentado esa transformación en mi propia vida. Es lo que espero para ti también.

Dios conoce tus circunstancias en estos momentos. Conoce los diversos problemas que estás atravesando, los que vienen y se van, y las que vinieron para quedarse. Es más, cuando Dios Hijo caminó sobre la tierra, soportó el mismo tipo de pruebas, tentaciones y sufrimientos que nosotros. Puesto que Dios nos llama sus hijos (lee Juan 1:12; Romanos 8:14), puedo asegurarte de que Él te llevará fielmente de la mano a través de tu valle más oscuro (lee el Salmo 23:4).

Santiago 1:12 promete una «corona de vida» a «quienes lo aman [a Dios]». ¿Sabes qué otra cosa promete Dios a quienes lo aman? Romanos 8:28 dice: «Y sabemos que Dios hace que todas las cosas cooperen para el bien de quienes lo aman y son llamados según el propósito que él tiene para ellos».

Permíteme instarte, basándome en la Palabra de Dios, a que confíes en que Él está obrando a fin de que todos tus problemas cooperen para traerte una profundidad de carácter que de otra manera te perderías.